V.

LA MANIFESTACION.

Desde que rayó el alba podia preverse que el primero de junio seria un dia espléndido. Aunque el cielo estaba cubierto, las nubes que lo encapotaban eran de esas que en el clima de Paris responden mejor de la seguridad del tiempo que un sol que nace demasiado radiante. El viento, sin ser fuerte, era bueno y fresco.

En la plaza de la Concordia la circulacion habia sido numerosa desde la víspera. Afluyó gente de todas las avenidas, esperando notar algunos preparativos que indicasen el misterioso acontecimiento anunciado para el dia siguiente. Muchos concurrentes permanecieron en la plaza hasta muy entrada la noche. Gran número de esos que viven de industrias desconocidas, de esos que ofrecen

fuego á los fumadores y recogen colillas de cigarros, acudieron despues de salir de los teatros á la plaza de la Concordia, donde se estacionaron, con la esperanza de poder ceder un puesto *medianti-bus illis*. Entre seis y siete de la mañana empezó á aparecer la plebe, y á cosa de las ocho la juventud de las escuelas. A las nueve era la multitud tan compacta en la plaza de la Concordia, que se dió órden de no dejar penetrar en ella á nadie más y de dejar salir á quien quisiera. Como sucede en semejantes casos, el contagio lo invadia todo. Los curiosos atraen á los curiosos. Los que más seguros creian estar de no salir de su casa se sienten como arrastrados á pesar suyo, y por la sola razon de que el torrente crece, ellos contribuyen á aumentarlo. Se acumuló la muchedumbre en los Campos Elíseos, en el jardin de las Tullerías, en el puente de la Concordia, en los muelles, en la calle Real, en la calle de Rívoli, y en los baluartes. A las diez se circulaba difícilmente por el baluarte de la Magdalena. A las diez y media apénas se podia transitar por la calle de la Paz. A las once era imposible llegar á la calle de la Chaussée d'Antin. En las ventanas se agolpaba más gente de la que podian contener.

Las conversaciones, las suposiciones, las chanzonetas se sucedian incesantemente. ¡Qué se em-

piece! ¡qué se levante el telon! ¡música! ¡música! gritaban los pilluelos de Paris. José Prudhomme decia:—La autoridad no deberia permitir que se hiciese agolpar la gente de una manera tan peligrosa y sin decir con qué objeto. Un curioso, tendiendo su vista por el espacio, exclamó: ¡Aaah! Y le contestaron con hurrahs, silbidos y aplausos. Hubo algunos estrujones, pero sin ningun accidente sério. A las doce ménos cuarto la curiosidad se convirtió en una ansiedad vehemente, mezclándose con el vago terror que experimenta siempre el que espera algo desconocido. Cesaron las chanzas, no encontrando ya ningun eco. Reinó un silencio extraño. Nada es tan grande como este silencio de la muchedumbre, solemne y casi lúgubre. Todos los que tenian reloj miraron la hora. Eran las doce ménos cinco minutos, y nada aparecia en la plaza de la Concordia. El público empezó á temer que le habian engañado. Un descontento sordo, próximo á convertirse en saña, se apoderó de todos los ánimos. Los más flemáticos y de carácter más apacible se pusieron rabiosos y feroces á la idea de que se les habia chasqueado ignominiosamente.

El sol atravesó las nubes, que en gran parte se habian ya disipado, y resplandeció en el zenit en un vasto espacio de cielo azul. De repente se oyeron algunos gritos: ¡Mirad.....! Los ojos más penetrantes habian percibido un punto negro perdido de vista en el espacio. Aquel punto negro crecia visiblemente. En pocos segundos aumentó de tal modo que se pudo distinguir como una forma humana que bajaba á plomo sobre el obelisco. Estalló una aclamacion formidable que rompió el silencio como el relámpago rompe la nube. Resonaba aun cuando se veia ya distintamente un hombre, con la cara medio tapada, en pié sobre la cúspide del obelisco. Un nuevo clamor se levantó, mezclado con aplausos y bravos. El hombre que llevaba un sombrerito redondo, se descubrió, y volviéndose sucesivamente hácia los cuatro puntos cardinales, saludó á la muchedumbre. Sacó en seguida su reloj y lo señaló con el dedo. Cada cual miró el suyo. Eran las doce ménos un minuto. Los aplausos y los gritos redoblaron. El hombre volvió á meterse el reloj en el bolsillo, y todos los concurrentes se pusieron á observarle con la mayor atencion.

Estaba vestido de negro. Una especie de gaban ó sobretodo abotonado le llegaba del cuello á las rodillas. Los faldones del gaban estaban sujetos al pantalon de modo que no pudieran flotar al aire. Las piernas y el pantalon estaban metidos dentro de unas botas anchas y flexibles, que eran

bastante grandes para que se comprendiese que tenian debajo otro calzado. El cuello del sobretodo estaba levantado y rodeado de una corbata ancha de lana blanca. El cuello parecia grueso y se notaba en él cierta rigidez, lo mismo que en los hombros. Una melena rubia, no muy larga pero espesa, ocultaba la nuca y las orejas. La barba entera, más rubia, aun, cubria las mejillas y los lábios. Tapaba la parte superior del rostro una media careta parecida á las que usan las bailarinas en los bailes de la Opera. El sombrerito redondo, negro como el resto del traje, estaba provisto de barbuquejo. Cubrian las manos guantes gruesos que parecian acolchados. Veíase que, apesar de la estacion, aquel hombre se habia prevenido contra el frio. Tenia la mano izquierda oculta dentro del sobretodo, del cual solo la habia sacado un instante para indicar la hora del reloj, volviéndola á colocar inmediatamente en la actitud en que se suele representar á Napoleon I y á ciertos oradores.

Hizo un ademan, y á las doce en punto se elevó verticalmente en los aires con la rapidez de una flecha. Al llegar á una altura bastante considerable, se detuvo y se cernió encima de la multitud, describiendo lentamente un círculo que se ensanchaba en espiral. Parecia estar casi en pié,

un poco inclinado hácia atrás y con las piernas muy ligeramente encogidas. La mano izquierda permanecia oculta bajo su traje. Despues el círculo se estrechó poco á poco, al mismo tiempo que la rapidez del navegante, ó, por mejor decir, del nadador aéreo, aumentaba progresivamente practicando un descenso. Al llegar algo debajo de la punta del obelisco, describió en torno con una rapidez vertiginosa algunos círculos estrechos, se puso en pié en su actitud primera y saludó de nuevo á la multitud á derecha é izquierda y en todas direcciones.

Imposible seria dar una idea de los bravos, aplausos, aclamaciones y gritos con que fué acogido. Echábanse al aire millares de sombreros. Algunos parecian locos de entusiasmo, y los más impresionables se enjugaban los ojos, sorprendidos de haber sentido brotar una lágrima. Habia circulado la noticia con una rapidez eléctrica hasta las últimas filas de la multitud acumulada en Paris. ¡Un hombre en el aire! decia cada cual al de su lado, y le faltó muy poco para que los empujones hácia la plaza de la Concordia produjesen una sofocacion general. En vano las personas sensatas exclamaban que iba á venir puesto que lo habia prometido, y que todos le podrian ver sin moverse de su sitio. La curiosidad deliraba y nada oia.

Los municipales y guardias de Paris empezaban á ceder bajo la presion de la muchedumbre, no obstante habérseles agregado tropas de infantería cuando se vió aumentar la afluencia hasta tal extremo. El primer resultado de aquel prodigioso descubrimiento iba á ser una hecatombe inmensa de gentes ahogadas, aplastadas, pisoteadas.

Afortunadamente el hombre aéreo no se detuvo mucho tiempo en el obelisco. Volvió á tomar su vuelo á la altura próximamente de un cuarto tercero, y entró por la calle Real y luego por los baluartes. Avanzaba con una velocidad moderada, á poca diferencia como la de un caballo á galope tendido, y así se le podia examinar perfectamente sin que nadie pudiese intentar seguirle, lo que hubiera producido en la turba espantosos reflujos. Avanzó de este modo por los baluartes hasta la plaza de la Bastilla, descendió el Sena hasta el puente de Jena, ganó el Arco de Triunfo de la Estrella, volvió por la Avenida de los Campos Elíseos á la plaza de la Concordia, recorrió la calle de Rívoli hasta la casa del Ayuntamiento, llegó por los muelles hasta el *Pont-au-Change* que atravesó lo mismo que la *Cité*, siguió el baluarte de San Miguel hasta el jardin de Luxemburgo, donde hizo algunas evoluciones, recorrió los baluartes exteriores hasta los Inválidos, remontó el Sena hasta el puente de Solferino, y se cernió encima de las alamedas del jardin de las Tullerías.

Esto fué suficiente para aplacar lo que habia de excesivo y demasiado punzante en la curiosidad pública. Se comprendió que seria imposible seguir evoluciones semejantes, y que sin moverse de su sitio tenian todos más probabilidades de volver á ver lo que ya habian visto. La multitud total aumentó, porque, muy pronto no quedó en las casas una sola persona, que no fuese inválida, esceptuando los vecinos que tenian ventanas que daban á las calles principales. Pero se diseminó más y más y se encontró ménos oprimida. Nada se perdió en ello, y todos pudieron ver á su gusto algun incidente de aquel espectáculo inaudito.

En el jardin de las Tullerías, por ejemplo, el hombre aéreo, al acercarse á un castaño, espantó dos palomas que en él habia, y se echó á perseguirlas. Las excedia muy sensiblemente en velocidad, pero no parecia volverse con bastante facilidad para seguir los esguinces que en su azoramiento describian ellas bruscamente. Notóse tambien que él no trataba de cogerlas más que con la mano derecha, conservando siempre la izquierda debajo del traje. El público se complacia sobremanera siguiendo las peripecias de aquella

caza de nueva especie. No tardó el cazador en coger una paloma, y luego cogió la otra. ¡Qué aplausos y qué gritos! El aeronauta victorioso se sentó en el brazo horizontal de la estatua de *Alejandro combatiendo*, cerca del estanque que hay delante del palacio; sacó su mano izquierda, se quitó los guantes, y ató juntas las cuatro patas de las dos aves. Volvióse á poner los guantes, su mano izquierda recobró su actitud ordinaria, echó á volar otra vez, y se cernió á la distancia de un metro encima de una señora elegante, á cuyos piés dejó caer con galantería su presa batiendo las álas.

Siguió su carrera encima del Sena, de los paseos, de los baluartes y de las calles anchas, pero sin guardar una marcha regular y uniforme. Se levantaba, se bajaba, se separaba ya á la derecha, ya á la izquierda, describia espirales ascendentes y descendentes, y tan pronto se cernia casi inmóvil, espectáculo más arrebatador que el de las evoluciones más rápidas, tan pronto se lanzaba en línea recta con una velocidad increible. Se divirtió en el Chateau-d'Eau cogiendo una golondrina al vuelo, y otra cogió tambien en la plaza del Panteon. En el jardin botánico bajó sin permiso de nadie á la parte reservada y cogió una multitud de flores con qué formó un ramillete ántes que los

guardas, vacilando respecto de lo que debian hacer, hubiesen tenido tiempo de impedírselo. Un instante despues estaba ya ofreciendo el ramillete á un grupo de hermosas jóvenes puestas en observacion en una guardilla del baluarte de Sebastopol. La que fué más lista para apoderarse de él dió las gracias al aeronauta con la más franca de sus sonrisas y con un atrevido beso lanzado al aire con la punta de sus dedos. En el café del Gren-Balcon, en el baluarte de los Italianos, habia muchos concurrentes colocados, para ver mejor, en los primeros puestos. Se acercó al balcon todo lo posible, se apoderó de un vaso lleno de cerveza, se alejó uno ó dos metros, lo apuró de un solo trago, volvió á dejarlo encima de la misma mesa de que lo habia tomado, echó encima de ella un luis, y se alejó saludando. Se detuvo, se cernió un instante, sacó del bolsillo un cigarro, se acercó á un fumador á quien pidió con mucha finera le diera el suyo, se lo devolvió despues de haber encendido, y prosiguió su vuelo fumando. Fué á sentarse y á acabar de fumar su cigarro en la punta del para-rayos en la torre meridional de Nuestra Señora, lo que hizo decir á algunos chuscos que no debia aquel asiento ser de los más cómodos. Las personas graves respondieron que se ignoraba qué armadura defensiva llevaba debajo,

y que, además, teniendo la facultad de sostenerse en el aire, no debia hacer peso sobre la punta. Algunos pretendieron tambien haberle visto poner ántes en la punta para embotarla un objeto que no pudieron distinguir, sin duda para preservar de un fracaso sus pantalones.

Lo que parece más prodigioso es que, despues de tantas idas y venidas, no habian dado aun las cuatro. Iban á salir los periódicos de la tarde y se comprende que no podian hablar más que del acontecimiento que habia sacado de sus casillas á todos los parisienses. Los periodistas habian tomado resueltamente su partido, haciendo de las tripas corazon para ponerse á cubierto, por medio de algunos equilibrios y habilidades redactoriles, del mal trance en que les ponia su incredulidad pasada. *El Universal* era el único que tenia el derecho de cantar victoria.

Su redaccion, toda reunida en las oficinas, proclamaba con frenético entusiasmo el trunfo de su redactor principal. Este trabajaba ordinariamente en un gabinete bastante elegante, aunque pequeño, precedido de una biblioteca y de la *sala de redaccion*, donde se hallaba una gran mesa, á cuyo alrededor se colocaban varios redactores. Esta habitacion, que era un cuarto segundo, daba á dos anchas calles, pues la casa formaba esquina. Cuando los redactores habian concluido sus tareas, tenian un rato de conversacion. Aquel dia poco ántes de las cuatro, el redactor principal, sentado en su gabinete, platicaba con dos ó tres personas, y por las puertas, que estaban abiertas, terciaban en su conversacion sus coloboradores reunidos en la biblioteca y en la sala de redaccion. De repente oyéronse gritos de *¡Vedle! ¡vedle!* Todos se dirigieron á las ventanas y vieron al hombre aéreo que bajaba describiendo espirales. Tenia en la mano derecha un rollo de papeles. Se acercó á una ventana, puso el legajo en la mano que le tendió el redactor en gefe, saludó, ascendió verticalmente en los aires y se alejó.

Se le vió prosiguiendo sus evoluciones hasta las cinco. Volvió á colocarse de pié en la punta del obelisco, sacó el reloj y lo indicó con el dedo á la multitud compacta que habia en la plaza. Eran las cinco ménos cinco minutos. Se sentó en la cúspide del obelisco, volvió á levantarse, saludó hácia los cuatro puntos cardinales, se lanzó verticalmente á las cinco en punto, y con una rapidez prodigiosa desapareció en el espacio.

Habia terminado la manifestacion. Se convino generalmente en que se realizó cuanto se habia anunciado y mucho más de lo que los ménos desconfiados suponian.